

## EL TIEMPO

ARICA	13 / 16	PARCIAL
IQUIQUE	12 / 16	PARCIAL
ANTOFAGASTA	10 / 15	PARCIAL
COPIAPO	6 / 17	DESPEJADO
LA SERENA	2 / 12	DESPEJADO
VALPARAISO	3 / 10	DESPEJADO
SANTIAGO	3 / 10	DESPEJADO
RANCAGUA	3 / 9	DESPEJADO
TALCA	0 / 8	PARCIAL
CONCEPCIÓN	1 / 9	DESPEJADO
TEMUCO	-3 / 7	PARCIAL
PUERTO MONTT	-4 / 5	PARCIAL
COYHAIQUE	-5 / 5	NUBLADO
PUNTA ARENAS	2 / 5	LLUVIA
ANTÁRTICA	-6 / -1	NUBLADO

## INDICE DE RADIACIÓN UV-B

ARICA	6-7	ALTO
IQUIQUE	3-5	MODERADO
LA SERENA	3-5	MODERADO
LITORAL	1-2	BAJO
SANTIAGO	1-2	BAJO
CONCEPCIÓN	1-2	BAJO
PTO. MONTT	1-2	BAJO
PUNTA ARENAS	1-2	BAJO

## AGUA CAÍDA EN SANTIAGO

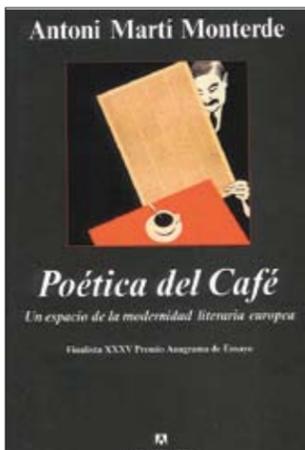
AGUA CAÍDA HASTA LA FECHA	140,0 MM
NORMAL A LA FECHA	222,4 MM
IGUAL FECHA AÑO PASADO	236,1 MM



RESTRICCIÓN  
VEHICULAR

9 - 0

## LOS PLACERES Y LOS LIBROS



## Café para escribir

Mili Rodríguez Villouta

UNA COMBUSTIÓN literaria sucede, y sucedió desde el principio en ciertos cafés europeos y de Buenos Aires, incluso en algunos chilenos, sin ir tan lejos. El Café con mayúsculas fue al principio el sucedáneo más o menos democrático de las cortes y los salones literarios, y montó una escena masculina para escribir (véase Hemingway) solo y acompañado al mismo tiempo, y se convirtió *urbi et orbi* en el lugar de las discusiones y conspiraciones políticas, estéticas y literarias. De todo eso elucubra e ilustra "Poética del café", de Antoni Martí Monterde (Toris, Valencia, 1968), profesor de literatura en Barcelona y ensayista experto en pensamiento poético de vanguardias. Rastreo hasta el último y el primer café llegado del África a Italia donde se convirtió en exprés. El secreto del sabor es inalcanzable. Varias generaciones florecieron en el Flore y en el Aux Deux Magots, donde la única mujer con derecho en la discusión fue Simone de Beauvoir. En esos templos, hoy invadidos por hordas de japoneses, los habitués marcaban territorio.

Como Gombrowitz en Buenos Aires, también, cada escritor tenía el suyo, y el café era su órbita. Las fotos que se tomaban en ellos podían decir "Picasso y algunos amigos" (si no fuera por sus futuros investigadores), o "Borges y otros"; las vanguardias se retrataban en Madrid o París o Viena tomando esta enérgica infusión que tanto da que hablar. Producido al borde de las selvas del tercer mundo, en el "primero", sigue siendo un tic. O un tip. Los cafés y los bares asumen distintos lenguajes y difieren en la hora de los encuentros y desencuentros, porque los bares admiten la violencia de la noche, o su sex appeal. Para Martí Monterde, es un espacio de la modernidad literaria europea. El Tortoni que frecuentó Borges es nombrado al pasar, y cero referencia a otros latinoamericanos, ni siquiera en París. Seguramente Vallejo bebía café, pero poco. Y hay escritores tan tímidos que no se asoman ni al café.

En el origen y la esencia hay establecimientos donde se impone, desde el letrero de la entrada, que todos tienen derecho a conversar con todos, por ejemplo, y son los del siglo XVIII y XIX, donde se iba a hacer negocios: imposible permanecer en silencio. Vida interior de la ciudad, por supuesto se fue poblando de mujeres, chicas, "minas", a este y otro lado del mesón, algunas con laptop, pero ése no es el punto, para Antoni Martí. Que sorprendentemente tampoco registra a Hemingway en el Flore, donde capturaba la primera frase del día, la frase casi mágica de donde se pescaba, tomando café, para empezar a escribir.

### POÉTICA DEL CAFÉ

Antoni Martí Monterde  
Anagrama, Colección Argumentos  
Barcelona, España, 2007

## CAMINO DE SANTIAGO

## Retrato de Hitler con babero

Antonio de la Fuente



TODO WAGNER, desde luego, pero también Beethoven y Tchaikovsky, interpretados por el violinista polaco de origen judío Bronislaw Huberman. Estas y otras perlas sonoras contenía la colección de discos de Adolfo Hitler que encontró un oficial ruso en el búnker del Führer, junto a su cadáver.

En pleno auge del nazismo y de persecución de los judíos, mientras Hitler repasaba en sus discos los grandes momentos de la música sinfónica, muchos judíos alemanes, impotentes frente a las vejaciones que sufrían, ponían fin a sus días tomando una dosis letal mientras escuchaban también a sus músicos preferidos. Entre 1941 y 1943, la tasa de suicidios entre los judíos alemanes fue de mil 500 por cada 100 mil (cien veces superior al promedio mundial). Paul Celan, sobreviviente del nazismo (y posterior suicida), evoca en "Fuga de muerte" cómo los nazis obligaban a tocar y bailar a los judíos en los campos de concentración mientras sus familiares se iban convirtiendo en humo.

Coincidencia o no, por estas fechas en que se desvela el contenido de la colección musical de Hitler, ha muerto Raúl Hilberg, que fue quien encontró en el local del Partido Nazi en Munich, en los días finales de la Segunda Guerra Mundial, las sesenta cajas de la biblioteca personal del Führer. ¿Qué contenían esas cajas? Libros sobre Federico II de Prusia, sobre arquitectura y unas cuantas obras sobre historia judía. Fue Hilberg quien escribió años más tarde, apoyándose en un titánico trabajo documental, "La destrucción de los judíos en Europa". El genocidio judío, según Hilberg, es el resultado de una estructura compleja, imposible de explicar únicamente mediante la voluntad de un puñado de criminales. Hitler se limitaba a abrir la luz verde del exterminio, lo que no es poco en una administración de burócratas banales.

Sobre la obra de Hilberg se apoyó Hannah Arendt para formular su tesis sobre la banalidad



*Aprovechando que tenía la tos convulsiva, Hitler niño se fue a babosear al lado de su hermano para contagiarlo y mandarlo precozmente a la fosa. En la imagen, Alois, el padre de Hitler.*

del mal. Porque el mal, como mostró Arendt, tras seguir el proceso a Eichmann en Israel, no es fruto del diablo. El mal es redomadamente

banal. Ni siquiera puede decirse que sea el fruto de la ignorancia. Jonathan Littell, que ganó el Premio Goncourt en 2006 con su novela "Los Benévolos", cuenta cómo los jerarcas nazis discurrían sobre el imperativo categórico kantiano, o la noción de ser y tiempo en Heidegger, mientras disponían la masacre.

Norman Mailer, en cambio, en su reciente y también monumental "Castillo en el bosque", rastrea la infancia del líder nazi para sacar a relucir cómo y por qué el diablo metió en esa cuna la cola. Hijo del incesto y del disimulo, su primer crimen lo cometió Hitler a los pocos años en la persona de su hermano menor, mucho más listo que él, frente al cual el futuro Führer se pudría de celos. Aprovechando que tenía la tos convulsiva, Hitler niño se fue a babosear al lado de su hermano para contagiarlo y mandarlo precozmente a la fosa. Todo parece premonitoriamente siniestro en esa infancia aciaga. Mailer describe la tierra natal de Hitler como aquella por donde cada campesino debía empujar su carreta por todas las variedades posibles del barro, del magma espeso, como la lava, a las riadas de lodo, pasando por los aluviones de ripio, el fango, la pecina, los pedruscos y los terrones de marga ordinaria.

En retórica, la ley de Godwin, ahora al uso en los foros de Internet, indica que mientras más dura una discusión, mayor es la probabilidad de que salgan a relucir Hitler y el nazismo. En nuestro "intranet" nacional, la ley se verifica con la alusión a Pinochet y a la dictadura. Y no consuela saber que los tormentadores locales no oían a Mailer, ni leían a Goethe, ni se dejaban influir por ninguno de esos "señores extranjeros". No es su aspereza mental la que explica sus estragos, o no sólo. No los mejoraron las improvisadas clases de filosofía que recibieron de Jaime Guzmán y de José Miguel Ibáñez en el Diego Portales. El mal, ya está dicho, es banal y proliferante. Cualquier pailón es capaz de abrir el gas e ir a la esquina a comprar fósforos. Cualquier Caín, cualquier Abel.



Alejandro Kirk

## TOMATUMATE

## Socialismo a la carta

ES PELIGROSO parafrasear títulos de libros, pero a veces vale la pena: ¿De qué hablan los socialistas cuando conversan de socialismo? Esta pregunta se la hacen no sólo Carlos Altamirano y los llamados "díscolos" chilenos, sino muchos viejos líderes socialistas de todo el mundo, que se sorprenden al ver cómo se comportan sus herederos cuando están en el poder.

En la modorra veraniega de Lisboa leo la prensa matutina del miércoles y me entero de que se postergó hasta fin de mes una asamblea de socios del Banco Comercial Portugués (BCP), que decidirá el destino de la institución financiera más importante del país. No es una lucha cualquiera: el BCP tiene cerca de mil oficinas en Portugal y 600 en el extranjero, con utilidades anuales que sobrepasan los 500 millones de euros. Las deudas de las familias portuguesas con los bancos superan el 84% del Producto Interno Bruto del país,

*Si aparece alguien más socialista en el menú político socialista, dice Altamirano, él lo respaldaría en una campaña presidencial. Yo leí eso y no sé por qué, desde esta lejanía, pensé que el "tercer hombre" se llama Jorge Arrate.*

una tasa superada en Europa sólo por Holanda.

¿A cuenta de qué aparecen estos datos aquí? Ocurre que yo abrí en 1999 una pequeña cuenta corriente en un pequeño pero pujante banco portugués, Nova Rede, y me convertí más tarde, por obra y gracia del mercado y sin que nadie me consultara, en cliente del BCP. Ahora debo informarme por los diarios acerca de una lucha de poder entre quienes se disputan las utilidades de mi dinero.

Y el Gobierno portugués del Primer Ministro socialista José Sócrates asiste a este combate como un espectador más. Privilegiado tal vez, pero sin derecho a voz ni voto.

Su partido, sin embargo, fue uno de los promotores de la nacionalización del sistema financiero en 1975, cuando Portugal estaba inmerso en un "proceso revolucionario" tras 48 años de dictadura fascista. Sócrates, me dijo el otro día un director de cine, ha tenido una sola idea desde que los socialistas recuperaron el Gobierno en 2005: disminuir el déficit fiscal, mientras Portugal sigue en los últimos puestos de Europa en cuanto a desarrollo económico, pobreza y seguridad social.

A estas alturas, no me atrevería a esperar que los socialistas socialicen un país, pero sí me parece legítimo que ellos me ayuden a

participar en las decisiones que me afectan directamente. Las del banco, por ejemplo. En un debate muy italiano sobre el marxismo moderno, un economista preguntaba a fines del siglo pasado si los dueños de la Fiat, sólo por ser dueños, tenían derecho a cerrar una planta que daba vida a una ciudad de 200 mil habitantes. Y si un Gobierno tendría que esperar que esos 200 mil desesperados incendien la empresa para intervenir en su favor.

Altamirano, en una entrevista con "La Tercera", se queja en Chile de las mismas cosas que Mario Soares, fundador del Partido Socialista portugués: que la lucha por el poder hace olvidar para qué los partidos tienen un nombre. Si aparece alguien más socialista en el menú político socialista, dice Altamirano, él lo respaldaría en una campaña presidencial. Yo leí eso y no sé por qué, desde esta lejanía, pensé que el "tercer hombre" se llama Jorge Arrate.